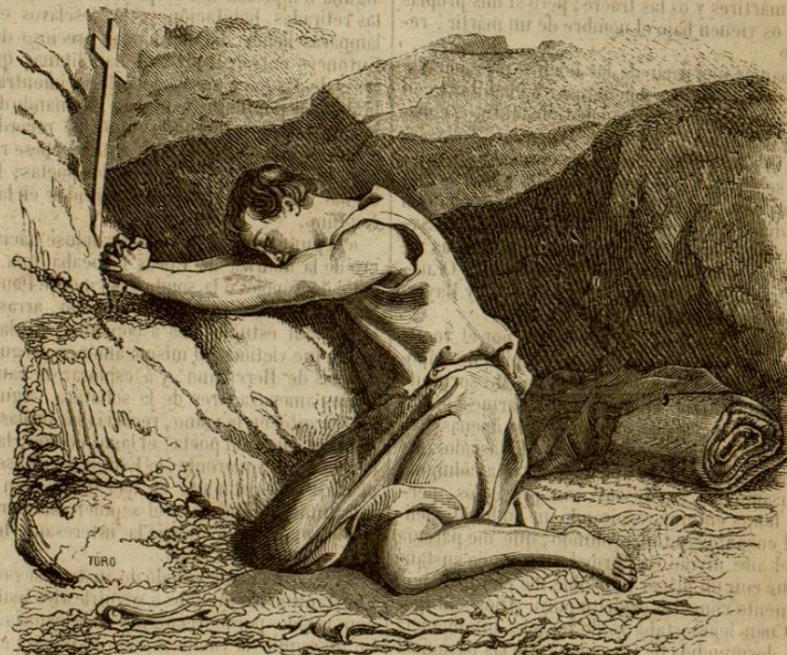


CANTO DE EUDORO EN PRESENCIA DE DEMOCRO Y CINODOCIA.

apoderó de mí; me figuro que me veo en medio de aquella arena reducido á la necesidad de perecer entre los dientes de los leones, ó de renegar del Dios que murió por mí, y me digo: «Tu ya no eres cristiano; mas si llegases á serlo algun dia, ¿qué harías?» «Me levanto y me precipito fuera del anfiteatro; subo á mi carroza y vuelvo á mi casa. Toda la noche resonó en el fondo de mi seno la terrible pregunta de mi conciencia. Hoy mismo aquella escena se reproduce muchas veces en mi memoria, como si ballase en ella algun aviso del cielo.»

Después de haber pronunciado estas palabras, Eudoro cesó repentinamente de hablar. Inmóviles los ojos y hondamente conmovido, parece herido de una vision sobrenatural. Los circustantes atónitos guardan silencio, y solo se oye el murmullo del Ladonte y del Alfeo que bañaban la doble orilla de la isla. La madre de Eudoro se levanta asustada, pero el jóven cristiano vuelto en sí, se apresura á calmar las inquietudes maternas, reanudando el hilo de su discurso.



CIRILO ORANDO.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. La córte va á pasar el verano á Bayas. Nápoles. Casa de Aglaé. Paseos de Eudoro. Agustin y Gerónimo. Su conversacion en el sepulcro de Escipion. Traseas, ermitaño del Vesubio. Su historia. Separacion de los tres amigos. Eudoro vuelve á Roma con la córte. Las catacumbas. Aventura de la emperatriz Prisca y la princesa Valeria, su hija. Eudoro, desterrado de la córte, es enviado al ejército de Constancio. Abandona á Roma, atraviesa la Italia y las Galias. Llega á Agripina, en las orillas de Rin. Encuentra al ejército romano dispuesto á declarar la guerra á los francos. Sirve como simple soldado entre los arqueros cretenses, que componian con los galos, la vanguardia del ejército de Constancio.

«La impresion que causó en mi espíritu aquel dia fatal, hoy tan viva y tan profunda, se borró entonces muy presto. Mis jóvenes amigos me rodearon; burláronse de mis terrores y remordimientos, y se mofaron de los anatemas de un oscuro pontífice sin crédito y sin poder.

«La córte, que en aquel momento se trasladó de Roma á Bayas, arrancándome al teatro de mis errores, me sustrajo al recuerdo de su castigo, y creyéndome perdido sin remedio para con los cristianos, solo pensé abandonarme á los placeres.

«Contaria, señores, entre los hermosos dias de mi vida el verano que pasó cerca de Nápoles con Agustin y Gerónimo, si pudiese haber dias hermosos en el olvido de Dios y en las mentiras de las pasiones.

«La córte era fastuosa y brillante; todos los principes, amigos ó hijos de los Césares hallábanse reunidos en ella. Veíase allí á Licinio y á Severo, compañeros de armas de Galerio; á Daya, que acababa de salir de nuevo de sus bosques, y sobrino del mismo César; y á Majencio, hijo de Maximiano Augusto. Pero Constantino preferia nuestra sociedad á la de estos principes envidiosos de su virtud, de su valor, de su alta fama, y pública ó secretamente, sus enemigos.

«Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé, dama romana cuyo nombre ya he pronunciado. Descendia de una familia de senadores y era hija del procónsul Arsacio; sus riquezas eran inmensas. Setenta y tres administradores cuidaban de su hacienda, y habia dado tres veces juegos públicos á sus espensas. Su hermosura era igual á sus talentos y gracias, y en derredor de su persona reunia todo lo que conservaba aun la elegancia de los modales y el gusto de las letras y de las artes. ¡Feliz si en la decadencia de Roma hubiera preferido ser una segunda Cornelia, á resucitar la memoria de las mujeres demasiado célebres, cantadas por Ovidio, Propertio y Tibulo!

«Sebastian (1) y Pacomio, (2) centuriones en los guardias de Constantino; Ginés, (3) actor famoso, heredero de los talentos de Boscio y Bonifacio, (4) primer administrador del palacio de Aglaé y tal vez demasiado querido de su ama, embellecian con su talento y jovialidad las fiestas de la voluptuosa romana. Pero Bonifacio, hombre abandonado á los deleites, estaba adornado de tres cualidades escelentes: la hospitalidad, la liberalidad y la compasion. Al salir de las orgías y de los festines, iba por las plazas á socorrer á los viajeros, extranjeros y pobres. La misma Aglaé en medio de sus desórdenes, profesaba un gran respeto á los fieles y una fe sencilla á las reliquias de los mártires. Ginés, enemigo declarado de los cristianos, la satirizaba por su debilidad.

«—¡Y bien! replicaba Aglaé, yo tengo tambien mis supersticiones. Creo en la virtud de las cenizas de un cristiano muerto por su Dios, y quiero que Bonifacio vaya á buscarme reliquias.

«—Ilustre dueña mia, le respondia riéndose Boni-

(1) El mártir militar denominado el Defensor de la iglesia Romana.

(2) El solitario de la Tebaida, que militó al principio á las órdenes de Constantino.

(3) El mártir.

(4) Idem.

facio, tomaré el oro y los perfumes. Iré á buscar reliquias de mártires y os las traeré; pero si mis propias reliquias os vienen bajo el nombre de un mártir, recibidlas.»

«Pasábamos una parte de las noches en medio de esta sociedad seductora y peligrosa; yo habitaba con Agustín y Gerónimo la ciudad de Constantino, construida en la pendiente del monte Pausilipo. Todas las mañanas al rayar el alba, me encaminaba á un pórtico que se dilataba á lo largo del mar. El sol se elevaba á mi vista sobre el Vesubio, é iluminaba con sus más dulces rayos la cadena de montañas de Salerno, las azuladas olas sembradas de las blancas velas de los pescadores, las islas de Caprea, de Oenaria y de Prochyta, (1) la mar, el cabo Miseno y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y los frutos humedecidos por el rocío, son menos suaves y frescos que la campiña de Nápoles, al salir de las sombras de la noche. Me sorprendía siempre, al llegar al pórtico, de hallarme á orillas del mar, porque las olas en aquel lugar apenas hacían oír el murmurio de una fuente. Estasiado ante tan soberbio cuadro, me apoyaba en una columna; y sin pensamiento, sin deseos, sin proyectos, permanecía horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan profundo, que me parecía que aquel aire divino transformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hacia el firmamento como un espíritu puro. ¡Dios omnipotente! ¡Cuán lejos estaba yo de ser esa inteligencia celestial, desprendida de las cadenas de las pasiones! ¡Cuán me ataba este cuerpo grosero al polvo del mundo, y cuán miserable era al mostrarme tan sensible á los encantos de la creación y al pensar tan poco en el Criador! ¡Ay! mientras que libre en la apariencia creía nadar en la luz, algún cristiano abrumado de cadenas y sumergido por la fe en los calabozos, era el que abandonaba verdaderamente la tierra, y subía glorioso en los rayos del sol eterno!

«¡Ah! ¡Continuábamos nuestros falaces placeres! Esperar ó buscar una belleza culpable; verla adelantarse hacia una navecilla, y sonreírnos en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar cuya tranquila superficie sembrábamos de flores; seguir á la encantadora hasta aquel bosque de mirtos en los campos felices en que Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocupación de nuestros días, manantial inagotable de lágrimas y de arrepentimiento. Tal vez hay climas peligrosos á la virtud, por su estremada voluptuosidad. ¿Y no es esto lo que quiso enseñarnos una fábula ingeniosa, diciendo que Partenope fue edificada sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado del campo, la templada temperatura del aire, los redondeados contornos de las montañas, las muelles inflexiones de los ríos y de los valles, son en Nápoles otras tantas seducciones para los sentidos, que todo acaricia, que nada ofende. El napolitano medio desnudo, satisfecho al sentir que vive bajo las influencias de un cielo propicio, se niega á trabajar cuando ha ganado el óbolo que le sufraga el pan cotidiano. Pasa la mitad de su vida inmóvil á los rayos del sol, y la otra en hacerse llevar en un carro, prorumpiendo en gritos de alegría; durante la noche se tiende sobre los escalones de un templo, y duerme sin cuidarse del porvenir á los pies de las estatuas de sus dioses.

«¿Podrías creer, señores, que tenemos la insensatez de envidiar la suerte de estos hombres, y que esta existencia sin prevision y sin mañana, nos parecía el colmo de la felicidad? Esto era con frecuencia el objeto de nuestras conversaciones, cuando para evitar los ardores del medio día, nos retirábamos á la parte del palacio edificada debajo del mar, y donde acostados sobre lechos de marfil, oíamos

(1) Ischia y Procida.

murmurar las olas encima de nuestras cabezas. Si alguna tempestad nos sorprendía en el fondo de estas retiradas habitaciones, los esclavos encendían lámparas llenas del nardo más precioso de Arabia. Entoncés entraban jóvenes napolitanas que traían rosas de Pesto en vasos de Nola; y mientras las olas bramaban por fuera, cantaban, formando delante de nosotros bailes tranquilos que me recordaban las costumbres de la Grecia; de esta suerte se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas; hubierase creído ver los juegos de las Nereidas en la gruta de Neptuno.

«Al punto en que el sol, retirándose hacia el sepulcro de la nodriza de Eneas colocaba una parte del golfo de Nápoles á la sombra del monte Pausilipo, los tres amigos se separaban. Gerónimo, arrastrado por el amor al estudio, iba á consultar la playa donde Plinio fue víctima del mismo amor, á preguntar á las cenizas de Herculano, y á explorar la causa de los ruidos amenazadores de la solfatara. Agustín, con un Virgilio en la mano, recorría las orillas cantadas por este inmortal poeta; el lago Averno, la gruta de la Sibila, el Aqueronte, la Estigia y el Eliseo; complaciase especialmente en leer una y cien veces los infortunios de Dido, en el sepulcro del tierno y brillante ingenio que refirió la interesante historia de esta desventurada reina.

«Lleno del noble anhelo de instruirse, el príncipe Constantino me invitaba á seguirle á los monumentos consagrados por los recuerdos de la historia. Dábamos en un esquife la vuelta al golfo de Bayas; en él hallábamos de nuevo las ruinas de la casa de Cicerón; reconocíamos el lugar del naufragio de Agripina; la playa donde logró salvarse; el palacio donde su hijo esperaba el éxito del parricidio, y más allá el lugar donde esta madre abrió á los asesinos las entrañas que habían llevado á Nerón; visitábamos también en Caprea los subterráneos testigos de la ignominia de Tiberio. «¡Ah! ¡cuánta desgracia es, decía Constantino, ser dueño del universo, y verse precisado por la conciencia de los crímenes perpetrados, á deslerrarse á sí mismo sobre esta roca!»

«Unos sentimientos tan generosos en el heredero de Constancio, y acaso del imperio romano, me hacían amar más al príncipe protector y compañero de mi juventud. Por esto no dejaba escapar ninguna ocasión de despertar ideas ambiciosas en el fondo de su corazón, porque la ambición de Constantino me parece la esperanza del mundo.

«Un baño voluptuoso nos esperaba después de estas escursiones. Aglaé nos ofrecía en medio de sus jardines una comida larga y opípara. El banquete de la noche se preparaba sobre una esplanada á orillas del mar, en medio de los naranjos en flor. La luna, prestándonos su antorcha, ostentábase sin velo en medio de los astros, como una reina rodeada de su corte; su viva claridad amortiguaba la llama que resplandece en la cima del Vesubio; y pintando de azul el humo rojizo del volcán, trazaba un arco iris en la noche. Este magnífico fenómeno, el aspecto de la apacible lumbrera, las costas de Surruntum, (1) de Pompeya y de Heraclea, (2) se reflejaban en las olas, mientras se escuchaba á lo lejos, perdida en los mares, la canción del pescador napolitano.

«Llenábamos entoncés nuestras copas de un vino exquisito, hallado en las bodegas de Horacio, y brindábamos á las tres hermanas del Amor, hijas de la Potencia y de la Hermosura. Coronada la frente de apio siempre verde, y de rosas que duran tan poco, nos escitábamos á gozar de la vida, recordando su brevedad:

«Será preciso abandonar esta tierra, esta casa

(1) Sorrento.
(2) Herculano.

querida, y la mujer que adoramos. De todos los árboles plantados por nuestras manos, ninguno, exceptuando el odioso ciprés, seguirá al sepulcro á su señor de un día.»

«Luego cantábamos sobre la lira nuestras criminales pasiones:

«Lejos de aquí, cintas sagradas, adornos del pudor; y vosotras, largas túnicas, que ocultais los pies de las vírgenes! ¡Quiero celebrar los hurtos y los felices dones de Venus! Atraviese otro los mares, reúna los tesoros del Hermo y del Ganges, ó busque vanos honores en los peligros de la guerra; yo cifro toda mi fama en vivir esclavo de la hermosura que me seduce. ¡Cuán me complace la mansión de los campos, los prados esmaltados y la márgen de los ríos! ¡Quién me dejara pasar mi vida sin gloria en el fondo de los bosques! ¡Qué placer es seguir á Delia en nuestros campos, y llevarle en mis brazos el recién nacido corderillo! Si durante la noche los vientos estremecen mi cabaña, si la lluvia cae á torrentes...»

«¿Pero á qué, señores, continuar pintándoos los desórdenes de tres insensatos? ¡Ay! hablemos con más estension de los disgustos inseparables de cosas tan vacías de felicidad. No creais que eramos dichosos en medio de estas falaces delicias. Una inquietud indefinible nos atormentaba sin cesar; nuestra ventura hubiera sido ser amados, así como amar, porque queremos hallar la vida en lo que amamos. Pero en vez de verdad y de paz en nuestra ternura, solo hallábamos impostura, lágrimas, zelos é indiferencia. Alternativamente infieles ó víctimas de la infidelidad, no podíamos confiar en el cariño constante de ninguna mujer; porque en una encontrábamos tibieza, faltaba á la otra cierta gracia de cuerpo ó de alma que había impedido que nuestro afecto fuese duradero, y cuando habíamos hallado el objeto ideal de nuestras ilusiones, nuestro corazón se cansaba de nuevo, nuestros ojos veían defectos inesperados, y en breve nos veíamos precisados á echar de menos nuestra primera víctima. Tantos sentimientos incompletos no nos dejaban sino imágenes confusas, que turbaban nuestros momentáneos placeres, esparciendo entre nuestras locas fruiciones una multitud de recuerdos que las combatían. Así, pues, en medio de nuestras felicidades no eramos sino miseria, porque habíamos abandonado esos pensamientos virtuosos que son el verdadero alimento del hombre, y esa belleza celestial, única que puede colmar la inmensidad de nuestros deseos.

«La bondad de la Providencia hizo brillar de repente un rayo de la gracia, en medio de las tinieblas de nuestras almas; el cielo permitió que el primer pensamiento de religión nos viniese del mismo esceso de nuestros placeres: ¡tan inesplicables son los caminos de Dios!

«Vagando un día por las inmediaciones de Bayas, nos hallamos cerca de Literna (1). El sepulcro de Escipion el Africano hirió repentinamente nuestra vista, y nos acercamos á él con respeto. El monumento se eleva á orillas del mar. Una tempestad ha derribado la estatua que lo coronaba, pero todavía se lee esta inscripción sobre la losa del sarcófago:

«(INGRATA PATRIA, NO POSEERÁS MIS HUESOS!)»

«Nuestros ojos se anegaron en lágrimas al recordar la virtud y el destierro del vencedor de Anibal. Hasta la tosca forma del sepulcro, que tanto contrastaba con los soberbios mausoleos de tantos hombres desconocidos como cubren la Italia, servía para redoblar nuestra ternura. No nos atrevimos á descansar sobre el mismo sepulcro, pero nos sentamos en su base, guardando un religioso silencio, como si nos hubiéramos hallado al pie de un altar. Después de algu-

(1) Patria.

nos momentos de meditacion, Gerónimo alzó su voz y nos dijo:

«—Amigos: las cenizas del más eminente de los romanos me hacen conocer vivamente nuestra pequeñez y la inutilidad de una vida de que empiezo á sentirme abrumado. Conozco que me falta alguna cosa. Mucho tiempo há me persigue un oculto instinto viajero; veinte veces al día me siento tentado á despedirme de vosotros, y á llevar por la tierra mis inseguros pasos. ¿No será el vacío de nuestros deseos el principio de esta inquietud? La vida entera de Escipion nos acusa. ¿No derramais lágrimas de admiración, no sentís que hay una felicidad diferente de la que buscamos, cuando veis al Africano devolver la esposa á su esposo, y cuando Cicerón os pinta á este gran hombre entre los espíritus celestiales, mostrando al Emiliano en un sueño, que existe otra vida donde la virtud es coronada?»

«—Gerónimo, replicó Agustín, has hecho mi propia historia; yo, como tú, me siento atormentado de un mal cuya causa ignoro; yo sin embargo, yo experimento como tú la necesidad de agitarme; suspiro, al contrario, por el reposo, y quisiera á ejemplo de Escipion, colocar mis días en la suprema region de la tranquilidad. Un tedio secreto me devora; no sé en donde buscar la felicidad, pues cuanto más considero la vida, menos me adhiero á ella. ¡Ah! si hubiese alguna verdad escondida, si existiese en alguna parte una fuente de amor inagotable, imprecadero, incessantemente renovado, donde el alma pudiese sumergirse por entero; Escipion, si tu ensueño no fuese un error divino...»

«—¡Con cuánta alegría, exclamó impetuosamente Gerónimo, me arrojaría hacia esa fuente! ¡Orillas del Jordan, gruta de Belem, pronto me verías en el número de vuestros anacoretas! ¡Oh montañas de la Judea! ¡la posteridad no podría entonces separar la idea de vuestros desiertos y la de mi penitencia!»

«Gerónimo pronunció estas palabras con una vehemencia que nos sorprendió. Su pecho se elevaba; parecía un ciervo sediento que desea el agua de las fuentes.

«—Vuestra confesion amigos míos, dije yo entoncés, tiene la singularidad de ser también la mia. Pero yo reuno en mí solo las dos heridas que os atormentan, esto es, el instinto viajero y la sed del reposo. Algunas veces este mal extraordinario me hace volver con dolor los ojos hacia la religion de mi niñez.

«—Mi madre que es cristiana, repuso Agustín, me ha hablado muchas veces de la hermosura de su culto, donde yo hallaría, según decía, la felicidad de mi vida. ¡Ay! esta tierna madre habita al otro lado de esas olas; ¡tal vez las contempla en este momento desde la opuesta playa, pensando en su hijo!

«No bien había Agustín acabado de proferir estas palabras, cuando un hombre vestido con el traje de los filósofos de Epitecto salió del sepulcro de Escipion. Parecía hallarse en la edad madura, pero más cerca de la juventud que de la vejez. Su semblante descubría un aire de alegría angelical; hubiérase dicho que sus labios no podían abrirse sino para pronunciar las cosas más amables.

«—Jóvenes señores, dijo, apresurándose á sacarnos de nuestra sorpresa; ¿me lo perdonareis? Yo estaba sentado en este monumento cuando llegasteis, y he oído á pesar mio, vuestros discursos. Puesto que sé vuestra historia, quiero contaros la mia, que podrá seros útil, pues tal vez hallareis en ella un remedio á los males de que os quejais.»

«Sin esperar nuestra respuesta, el extranjero se colocó entre nosotros con una noble familiaridad y habló en estos términos:

«—Yo soy el solitario cristiano del Vesubio, de quien podeis haber oído hablar, pues soy el único habitante de la cima de esa montaña. Algunas veces vengo á

visitar el sepulcro del Africano, y he aquí la causa: cuando este gran hombre, retirado á Literna, se consolaba por su virtud de la injusticia de su patria, unos piratas desembarcaron en esta playa, y atacaron la casa del ilustre desterrado, sin saber quien era su dueño. Ya habian escalado las paredes, cuando los esclavos atraídos por el estrépito, creyeron un deber el defender á su amo. ¿Cómo os atreveis, gritaron, á violar la casa de Escipion? «Al oír este nombre, los piratas poseídos de respeto, arrojaron sus armas; y pidiendo por único favor que se les concediese contemplar al vencedor de Anibal, se retiraron llenos de admiración despues de haberle visto.

«Traseas, mi abuelo, descendiente de una noble familia de Siciona, se hallaba con estos piratas. Educado por ellos en su niñez, se habia visto obligado á servir en sus bajeles. Ocultóse en la casa de Escipion, y cuando los piratas se hubieron alejado, se arrojó á los piés de su huésped y le refirió su aventura. El Africano conmovido le envió á su patria, pero los padres de Traseas habian muerto durante su cautiverio y su fortuna habia desaparecido. Mi abuelo volvió de nuevo á buscar á su libertador, que le cedió una pequeña heredad, cerca de su casa de campo, y le casó con la hija de un pobre caballero romano. Yo desciendo de esta familia; ya veis, pues, que tengo poderosos motivos para honrar el sepulcro de Escipion.

«Mi juventud fue borrascosa: lo ensayaba todo, y de todo me cansaba. Era elocuente, adquirí celebridad, y me pregunté: ¿Qué vale esta gloria literaria, disputada durante la vida, incierta despues de la muerte, y que se comparte por lo regular con la medianía y el vicio? Fui ambicioso, ocupé un elevado cargo, y me dije: ¿Valia esto la pena de abandonar una vida tranquila, y lo que encuentro reemplaza lo que he perdido? Esto mismo me sucedió respecto de todo lo demás. Hastiado de los placeres de mi edad, nada mejor veía en el porvenir, y mi ardiente imaginación me privaba aun de lo poco que poseía. Es, señores, un gran mal para el hombre el llegar demasiado pronto al término de sus deseos, y recorrer en algunos años las ilusiones de una larga vida.

«Un día, lleno de los mas sublimes pensamientos, atravesé un cuartel de Roma poco frecuentado por los poderosos, pero habitado por un pueblo pobre y numeroso. Un edificio de carácter grave y de extraña construcción, atrajo mis miradas. Muchos hombres en pié é inmóviles debajo del pórtico, parecían sumidos en honda meditación.

«Mientras procuraba adivinar cual podía ser aquel monumento, vi pasar á mi lado á un hombre oriundo de la Grecia, y como yo naturalizado en Roma. Era descendiente de Perseo, último rey de Macedonia; sus abuelos, despues de haber sido atados al carro de triunfo de Paulo Emilio, llegaron á ser unos simples escribanos en Roma. En otro tiempo se me habia hecho reparar en la esquina de la calle Sagrada en un albergue miserable, este gran sarcasmo de la fortuna. Le detuve, pues, para preguntarle á qué uso estaba destinado el monumento que tenia á la vista. Es, me respondió, el lugar á donde vengo á olvidar el trono de Alejandro; soy cristiano. Perseo subió las escaleras del pórtico, pasó por medio de los catecúmenos y penetró en el recinto del templo. Yo le seguí, profundamente conmovido.

«Las mismas desproporciones que reinaban en lo exterior del edificio, se hacian notar en lo interior; pero estos defectos quedaban borrados ante el atrevido estilo de las bóvedas y el efecto religioso de sus sombras. En lugar de la sangre de las víctimas y de las orgías que manchan el altar de los falsos dioses, la pureza y el recogimiento parecían velar en el tabernáculo de los cristianos. Apenas era interrumpido el silencio del concurso por la voz inocente de algunos niños que las madres llevaban en sus brazos.

«La noche se acercaba; la luz de las lámparas luchaba con la del crepúsculo, esparcida entre la nave y el santuario. Los cristianos oraban en todas partes en altares retirados; respirábase todavía el incienso de las ceremonias que acababan de celebrarse, y el olor de la cera perfumada de los cirios recién apagados.

«Un sacerdote, con un libro y una lámpara en la mano, salió de un lugar secreto y subió á un púlpito. Oyóse al punto el rumor del concurso que se arrodillaba. El sacerdote leyó primero algunas oraciones sagradas, y despues recitó una oración que los cristianos repetían á media voz desde todos los lugares del edificio. Estas respuestas uniformes, repetidas á iguales intervalos, encerraban cierto fondo de ternura, sobre todo cuanto se reflexionaba sobre las palabras del pastor y la condicion del rebaño.

«Consuelo de los afligidos, salud de los enfermos...»

«Y todos los cristianos perseguidos, acabando el sentido suspenso, añadían:

«¡Ruega por nosotros! ¡ruega por nosotros!»

«En esta larga enumeración de las miserias humanas, reconociendo cada uno su tribulación particular, aplicaba á sus propias necesidades algunos de estos clamores dirigidos al cielo. No tardó en llegar mi vez, pues oí al levita pronunciar en voz perceptible estas palabras:

«Providencia de Dios, descanso del corazón, calma en la tempestad...»

«Aquí se detuvo: mis ojos se inundaron en lágrimas; me pareció que todas las miradas se fijaban en mí, y que la caritativa multitud exclamaba:

«¡Ruega por él! ¡ruega por él!»

«El sacerdote bajó del púlpito, y la concurrencia se retiró. Conmovido hasta lo íntimo del corazón, fui á buscar á Marcelino, sumo pontífice de esta religión que consuela de todo; le conté las amarguras de mi vida, me instruyó en las verdades de su culto, me hice cristiano, y desde aquel momento mis aflicciones se han desvanecido.»

«La historia del anacoreta y la amable ingenuidad de este filósofo cristiano nos arrebataron. Le dirigimos muchas preguntas, á que contestó con entera ingenuidad. No nos cansábamos de oírle, pues su voz tenia una armonía que agitaba dulcemente las entrañas. Una elocuencia florida, y no obstante, de un gusto sencillo, fluía naturalmente de sus labios; daba á las cosas mas triviales un giro antiguo que nos encantaba; repetía las cosas como los ancianos, pero estas repeticiones que en otro hubieran sido un defecto, constituían no sé cómo la gracia peculiar de sus discursos. Le hubieseis tomado por uno de los legisladores de la Grecia, que daban en otro tiempo leyes á los hombres, cantando sobre una lira de oro la hermosura de la virtud y la omnipotencia de los dioses.

«Su marcha puso fin á esta conversacion, de la que tres jóvenes sin religion habian deducido que la religion era el único remedio á sus males. No es dudoso que el sepulcro del Africano nos inspiró este pensamiento, porque las cenizas de un gran hombre perseguido elevan los sentimientos hácia el cielo. Dejamos con pesar la ciudad de Literna, y nos abrazamos; un secreto presentimiento entristecía nuestros corazones; parecia que nos despedíamos para siempre. A nuestro regreso á Nápoles, nuestros placeres no nos ofrecían ya el mismo atractivo. Sebastian y Pacomio se disponían á marchar al ejército; Ginés y Bonifacio parecían haber perdido su alegría, y Aglaé se mostraba melancólica y como turbada por negros remordimientos. La corte abandonó á Bayas; Gerónimo y Agustin volvieron á Roma, y yo seguí á Constantino á su palacio de Tiber. Allí recibí una carta de Agustin, en la que me decia que vencido por las lágrimas de su madre, iba á reunirse á ella en Cartago, y que Gerónimo se preparaba á recorrer

las Galias, la Pannonia y los desiertos habitados por los solitarios cristianos.

«No sé, añadía Agustin, al finalizar su carta, si volveremos á vernos. ¡Ay, amigo mio! tal es la vida; está llena de alegrías fugaces, de largos dolores y de enlances empezados y rotos. Por una extraña fatalidad, estos enlances nunca se hacen en la hora en que podrian ser duraderos; encontramos al amigo con quien quisiéramos pasar nuestros días, en el momento que la suerte va á fijarle lejos de nosotros; se nos descubre el corazón que buscábamos la vispera del día en que este corazón va á dejar de latir. Mil cosas, mil imprevistos accidentes separan á los hombres que se aman durante la vida, y luego viene la separación de la muerte que desconcierta todos nuestros proyectos! ¿Te acuerdas de lo que decíamos un día, mirando el golfo de Nápoles? Comparábamos la vida á un puerto de mar, á donde se ve llegar y de donde se ve salir á hombres de todos los idiomas y de todos los países. La playa resuena con los gritos de los que llegan y de los que zarpan; unos derraman lágrimas de alegría al recibir á sus amigos; otros al dejarse se despiden para siempre; porque al salir del puerto de la vida ya no se vuelve á él. Suframos, pues, sin lamentarnos demasiado, mi querido Eudoro, una separación que los años habrian producido necesariamente, y á la cual no nos hubiera preparado la ausencia.»

Disponiéndome Eudoro á continuar su narración, los criados de Lastenes volvieron con el desayuno, pusieron sobre la yerba trigo nuevo, ligeramente tostado en la espiga, bellotas de fago, y lactinios que todavía presentaban la impresión de las cestas. Los corazones estaban diferentemente agitados: Cirilo admiraba, pero sin manifestarlo, al joven que como el rey Profeta clamaba desde el fondo del abismo:

«¡Señor! tened piedad de mí, según la inmensidad de vuestra misericordia!»

Demodoco casi nada habia entendido del relato de Eudoro, pues no hallaba en él ni á Polifemo, ni encantos, ni naufragios; y en aquella nueva armonía apenas habia reconocido algunos sonidos de la lira de Homero. Cimodocea, por el contrario, habia entendido maravillosamente al hijo de Lastenes; pero no sabia por qué se sentía tan triste al pensar que Eudoro habia amado mucho, y que se arrepentía de haber amado. Inclínada sobre el pecho de su padre, le decia en voz baja:

«¡Padre mio, lloro como si fuese cristiana!»

Concluido el desayuno, Demodoco tomó la palabra, diciendo:

«—Hijo de Lastenes, tu relación me cautiva, aunque no penetro toda su sabiduría. Me parece que el idioma de los cristianos es una especie de poesía de la razón, de que Minerva no me ha dado la menor inteligencia. Acaba de contar tu historia, que si alguno derrama aquí lágrimas al escucharla, esto no debe detenerte, porque se han visto muchos ejemplos de ello. Cuando un hijo de Apolo cantaba las desgracias de Troya, sentado á la mesa del rey Alcino, habia un extranjero que cubria su cabeza con su capa y lloraba. Dejemos, pues, á mi Cimodocea que se conmueva; Júpiter ha confiado á la piedad el corazón de la juventud. Nosotros los viejos, abrumados bajo el peso de Saturno, si representamos la paz y la justicia, nos vemos en cambio privados de esa compasión y de esos sentimientos delicados que son el mejor adorno de los hermosos días de la vida. Los dioses han hecho á la senectud semejante á esos cetros hereditarios, que pasando de padres á hijos, en una antigua raza, se muestran cargados de la magestad de los siglos; pero que dejan de cubrirse de flores, cuando se han secado lejos del tronco maternal.

Eudoro continuó en estos términos su discurso:

«Privado de mis amigos, Roma no me ofrecía ya sino una vasta soledad. La inquietud reinaba en la corte. Maximiano se habia visto obligado á trasladarse desde Milan á la Pannonia, amenazada de una invasión de los carpios y de los godos; los francos se habian apoderado de la Batavia, defendida por Constancio; en Africa, los quinquegentinos, pueblo nuevo, acababan de presentarse repentinamente armados; decíase que el mismo Diocleciano pasaria á Egipto, donde la rebelion del tirano Aquileo reclamaba su presencia; y por último, Galerio se disponía á partir para combatir á Narsés. Esta guerra de los partos intimidaba especialmente al anciano emperador, que se acordaba de la suerte de Valeriano. Galerio, prevaleciéndose de la necesidad que el imperio tenia de su brazo, y juguete siempre de las inspiraciones de Hierocles, procuraba apoderarse enteramente del espíritu de Diocleciano; ya no temía descubrir su envidia contra Constancio, cuyo mérito y elevado nacimiento le atormentaban. Constantino se hallaba naturalmente envuelto en esta envidia; y yo como amigo de este príncipe, como el mas débil y como objeto particular de la enemistad de Hierocles, sufría todo el peso del rencor de Galerio.

«Un día, mientras Constantino asistía á las deliberaciones del Senado, fui á visitar la fuente Egeria. La noche me sorprendió, y para volver á la via Apia me dirigí al sepulcro de Cecilio-Metelo, obra maestra de grandeza y elegancia. Al atravesar unos campos abandonados, vi á muchas personas que se deslizaban en las sombras, y que deteniéndose todas en el mismo lugar, desaparecían súbitamente. Movido por la curiosidad, me adelanté y entro animosamente en la caverna donde se habian hundido los misteriosos fantasmas; entonces vi prolongarse delante de mí unas galerías subterráneas, escasamente alumbradas á trechos por algunas lámparas que de las bóvedas pendían. Las paredes de aquellos fúnebres corredores estaban decoradas con una triple fila de ataudes, sobrepuestos unos á otros. El lúgubre resplandor de las lámparas, oscilando sobre las paredes de las bóvedas, y moviéndose lentamente á lo largo de los sepulcros, esparcía una movilidad espantosa sobre aquellos objetos eternamente inmóviles. En vano, prestando un oído atento, procuré percibir algunos sonidos, para dirigirme á través de un abismo de silencio, pues solo oía el latido de mi corazón en el reposo absoluto de aquellos lugares. Quise retroceder, pero ya no era tiempo; tomé un camino equivocado, y en lugar de salir del dádalo, me perdía mas en él. Nuevas sendas que se abrian y cruzaban en todas direcciones, aumentaban mis perplejidades. Cuanto mas me esforzaba por hallar un camino, tanto mas me estraviaba; ya adelantaba con lentitud, ya pasaba con celeridad; entonces, por un efecto de los ecos que repetían el rumor de mis pasos, creí que alguno atravesaba precipitadamente á mi espalda.

«Mucho tiempo habia que así vagaba, y mis fuerzas empezaban á estenuarse; sentéme, pues, en una encrucijada de la ciudad de los muertos, donde miraba con viva inquietud la luz de las lámparas casi estinguidas que amenazaban apagarse. De repente, una armonía semejante al coro lejano de los espíritus celestiales, sale del fondo de aquellas sepulcrales mansiones; aquellos divinos acentos espiraban y renacían alternativamente; y adquirían á la vez mayor dulzura al perderse en las tortuosas calles del subterráneo. Me levanto, me acerco á los lugares de donde se escapaban aquellos mágicos conciertos, y descubro una sala iluminada. Sobre un sepulcro adornado de flores, Marcelino celebraba el misterio de los cristianos; unas doncellas, cubiertas de velos blancos, contaban al pié del altar, y una numerosa concurrencia asistía al sacrificio. ¡Reconocí las catacumbas! (1)

(1) Las catacumbas de San Sebastian.

Una mezcla confusa de vergüenza, de arrepentimiento y de asombro se apoderan de mi alma. Nueva sorpresa! Creo ver á la emperatriz y á su hija, entre Doroteo y Sebastian, arrodilladas en medio de la multitud. Nunca ha herido un espectáculo mas maravilloso la vista de un mortal; nunca fue Dios mas dignamente honrado, ni manifestó mas abiertamente su grandeza. ¡Oh poder de una religion que obliga á la esposa de un emperador romano, á abandonar furtivamente el tálamo imperial, como una mujer adúltera, para correr á la cita de los desgraciados, para ir á buscar á Jesucristo en el altar de un oscuro mártir, entre sepulcros y hombres proscriptos ó despreciados! Mientras me abandonaba á estas reflexiones, un diácono se acercó al oído del pontífice, pronunció algunas palabras é hizo una señal; de repente cesaron los cantos, apagáronse las lámparas y la brillante vision desapareció. Arrastrado por las oleadas del pueblo santo, me hallé á la entrada de las catacumbas.

«Esta aventura hizo tomar una nueva direccion á mi destino. Sin tener nada de que reconvenirme, me ví acusado por todas partes; así pues, nuestras faltas no son siempre castigadas inmediatamente; pero á fin de hacernos el castigo mas sensible, Dios hace que nos sea fatal el éxito de alguna empresa razonable, ó nos entrega á la injusticia de los hombres.

«Yo ignoraba que la emperatriz Prisca y su hija Valeria eran cristianas; los fieles me habian ocultado esta importante victoria, á causa de mi impiedad. Las dos princesas, temiendo el furor de Galerio, no se atrevian á presentarse en la iglesia; y acudian en la noche á orar en las catacumbas, acompañadas del virtuoso Doroteo. La casualidad me condujo al santuario de los muertos, y los sacerdotes que me descubrieron creyeron que un sacrilegio escluido de los lugares santos, no podia haber penetrado en ellos sino con el designio de penetrar un secreto que importaba á la Iglesia mantener oculto. Apagaron, pues, las lámparas para impedirme ver á la emperatriz, á quien no obstante, tuve tiempo de reconocer.

«Galerio hacia vigilar á la emperatriz, cuya inclinacion á la nueva religion conocia. Unos espías enviados por Hierocles habian seguido á las princesas hasta las catacumbas, de las que me vieron salir con ellas. No bien oyó el sofista la relacion de los espías, cuando corrió á participarla á Galerio, y este se apresuró á hacer lo mismo respecto de Diocleciano.

«—¡Ya lo ves! exclamó; nunca has querido dar asenso á lo que se presenta con tanta evidencia. La emperatriz y tu hija Valeria son cristianas! Esta misma noche se han dirigido á la caverna que la secta impía mancha con sus execrables misterios. ¿Y sabes quién es el guia de estas princesas? Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano; ese traidor que para disfrazar mejor sus proyectos, finge haber abandonado la religion de los sediciosos, á la cual sirve en secreto; ese pérfido que no cesa de envenenar el espíritu del príncipe Constantino. Reconoce una vasta conjuracion dirigida contra tí por los cristianos, y en la cual se procura hacer entrar á tu propia familia. Manda que Eudoro sea reducido á prision, y que la fuerza de los tormentos le arranque con la confesion de sus crímenes, el nombre de sus cómplices.»

«Preciso es confesar que todas las apariencias me condenaban. Aborrecido de todos los partidos, pasaba entre los cristianos por un apóstata y un traidor, y Hierocles que los veia en este error, decia en alta voz que yo habia delatado á la emperatriz. Los paganos, por otra parte, me miraban como el apóstol de mi religion y el corruptor de la familia imperial. Cuando atravesaba los salones del palacio, veia sonreír á los cortesanos con un aire de desprecio; los mas viles eran los mas severos, y el pueblo mismo me perseguia en las calles con insultos ó amenazas. Finalmen-

te, mi posicion llegó á ser tan crítica que sin la amistad de Constantino, creo que hubiera atentado contra mi vida. Pero este generoso príncipe no me abandonó en mi desgracia; lejos de esto, declaróse decididamente mi amigo, hizo alarde de presentarse á mi lado en público, me defendió con resolucion contra César delante de Augusto, y divulgó por todas partes que yo era victima de la envidia de un sofista, favorito de Galerio.

«Roma y la corte estaban esclusivamente ocupadas de este negocio que, comprometiéndolo á los cristianos y el nombre de la emperatriz, parecia de la mas alta importancia. Esperábase con ansiedad la determinacion del emperador; pero no era propio del carácter de Diocleciano el adoptar una resolucion violenta. El anciano emperador apeló á un medio que pinta con cabal exactitud su genio político. Declaró de repente que todos los rumores que habian circulado por Roma eran falsos; que las princesas no habian salido de palacio en la noche misma que se aseguraba haberlas visto en las catacumbas; que Prisca y Valeria, lejos de ser cristianas, acababan de sacrificar á los dioses del imperio; y en fin, que castigaria con toda severidad á los autores de aquellas falsas noticias, y que prohibia se hablase en lo sucesivo de una historia tan ridícula como escandalosa.

«Pero como era preciso que uno fuese sacrificado por todos, que tal es la costumbre de las cortes, recibí la orden de abandonar á Roma y de trasladarme al ejército de Constancio, acampado en las márgenes del Rin.

«Preparéme, pues, á pasar á las Galias, siéndome grato el abrazar la profesion de las armas, y abandonar una vida incompatible con mi carácter. No obstante, tan poderosa es la fuerza de la costumbre, y tal el encanto que ocultan los lugares célebres, que no pude dejar á Roma sin experimentar algun sentimiento. Salí de ella en medio de la noche, despues de haber recibido los últimos abrazos de Constantino. Atravesé las calles desiertas y pasé al pie de la casa abandonada que poco antes habia habitado con Agustin y Gerónimo. En el Foro todo aparecia silencioso y solitario, y los numerosos monumentos que cubren, los Rostros, el templo de la Paz, los de Júpiter Estator y la Fortuna, los arcos de Tito y de Severo se destacaban vagamente entre las sombras, como las ruinas de una ciudad poderosa, cuyos moradores han desaparecido desde mucho tiempo. Cuando me hallé á alguna distancia de Roma, volví la cabeza: entonces ví á la pálida claridad de las estrellas al Tiber que se perdía entre los monumentos confusos de la ciudad, y vislumbré la cúpula del Capitolio, que parecia inclinarse bajo el peso de los despojos del mundo.

«La via Casia, que me conducia á la Etruria, pierde en breve los escasos monumentos de que está adornada, y pasando entre un antiguo bosque y el lago Volsinio, penetra en negras montañas, cubiertas de nubes é infestadas siempre de forajidos. Un monte, cuya cima está erizada de agudos peñascos; un torrente que se replega veinte veces sobre sí mismo, y destruye su propio cauce en su carrera, forman por esta parte la frontera de la Etruria. A la dilatada estension de la campiña romana suceden valles estrechos y montecillos tapizados de brezos, cuyo pálido verdor se confunde con el de los olivos. Abandoné los Apeninos, para bajar á la Galia Cisalpina. El cielo presentaba un azul mas puro, y en vano busqué en las montañas esa especie de lluvia de luz que envuelve los montes de la Grecia y de la Alta Italia. Divisé en lontananza las blancas cimas de los Alpes, y en breve subí sus estensas faldas. Todo lo que procede de la naturaleza en estas montañas, me pareció grande é indestructible; todo lo que lleva el sello de la mano del hombre, se presentó á mi vista frágil

y mezquino: por una parte, árboles seculares, cascadas que se precipitan ha muchos siglos; peñascos vencedores del tiempo y de Anibal; por otra, puentes de madera, apriscos de ovejas y chozas de tierra. ¿Consistirá esto en que á la vista de las masas eternas que le rodean, el cabrero de los Alpes, conmovido vivamente á la idea de la brevedad de su vida, no se ha tomado el trabajo de erigir monumentos mas duraderos que él?

«Salí de los Alpes á través de una especie de pórtico practicado debajo de un gigantesco peñasco. Atravesé la parte del territorio, habitada por los Voconcios, (1) y bajé á la colonia de Lucio. (2) ¡Con cuánto respeto veria hoy la Silla de Potin y de Ireneo, y las aguas del Ródano, teñidas con la sangre de los mártires! Subí el Araar, (3) rio ceñido de encantadoras orillas, y cuya corriente es tan lenta, que no puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas. Debe su nombre á un joven gaio que se precipitó en ellas, impelido por la desesperacion que le causó la pérdida de su hermano. Desde allí pasé á los Treveri, (4) cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias; y abandonándome al curso del Mosela y del Rin, llegué en breve á Agripina (5).

«Constancio me recibió con bondad.

«—Eudoro, me dijo, mañana se ponen en marcha las legiones; vamos á buscar los francos. Servirás al principio como un simple arquero entre los cretenses, que acampan en la vanguardia, situada á la orilla opuesta del Rin. Ve á incorporarte con ellos; distingue por tu probidad y valor, y si te muestras digno de la amistad de mi hijo, no tardaré en ascenderle á las primeras dignidades del ejército.

«Aquí, señores, debe tomarse en cuenta la segunda de esas peripecias repentinas que han cambiado sin cesar el aspecto de mi vida. Desde los tranquilos valles de la Arcadia, habia sido trasladado á la corte borrascosa de un emperador romano; y en aquellos momentos, desde el seno de la molicie y de la sociedad civilizada, pasaba á una vida dura y peligrosa en medio de un pueblo bárbaro.»

LIBRO SESTO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. Marcha del ejército romano en Batavia. Encuentra al ejército de los francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion del ejército romano. Orden y enumeracion del ejército de los francos. Faramundo. Clodio. Meroveo. Cantos guerreros. Barditos de los francos. La accion se empeña. Ataque de los galos contra los francos. Combate de caballeria. Combate singular de Vercingetorix, caudillo de los galos y de Meroveo, hijo del rey de los francos. Vercingetorix queda vencido. Los romanos cejan. La legion cristiana baja de una colina, y restablece el combate. Choque. Los francos se retiran á su campo. Eudoro obtiene la corona civica, y es nombrado jefe de los griegos, por Constancio. El combate se renueva al amanecer. Ataque del campo de los francos por los romanos. Desbordamiento de las olas. Los romanos huyen del mar. Eudoro, despues de haber peleado mucho tiempo, cae atravesado de repetidos golpes. Es socorrido por un esclavo de los francos, que le lleva á una caverna.

«La Francia es una comarca salvaje y cubierta de bosques, que empieza al otro lado del Rin, y ocupa el espacio comprendido entre la Batavia al Occidente, el país de los escandinavos al Norte, la Germania al Oriente y los galos al Mediodia. Los pueblos que habitan este desierto son los mas feroces de los bárba-

(1) El Delfinado.

(2) Lyon.

(3) El Saona.

(4) El país de Treveris.

(5) Colonia.

ros; no se alimentan sino de la carne de las bestias montaraces; tienen siempre la espada en la mano, y miran la paz como la mas dura esclavitud, cuyo yugo pueda serles impuesto. Los vientos, la nieve, las escarchas son sus delicias; arrojan la mar, búrñanse de las tempestades, y podria decirse que han visto el fondo del Océano á descubierto; tanto conocen y desprecian sus escollos. Esta nacion turbulenta, que no cesa de devastar las fronteras del imperio, se mostró por primera vez á las Galias españolas, bajo el nombre de Gordiano el Piadoso. Los dos Decios perecieron en una expedicion contra ella: Probo, que no hizo otra cosa que rechazarla, se condecoró con el glorioso título de Francico. Presentóse á la vez tan noble y tan temible, que se ha hecho en su favor una escepcion en la ley que prohíbe á la familia imperial el enlazarse á la sangre de los bárbaros; por último, los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia, y Constancio habia reunido su ejército para arrojarles de su conquista.

«Despues de algunos dias de marcha, entramos en el suelo pantanoso de los bátavos, que no es sino una delgada corteza de tierra flotando sobre una vasta estension de agua. El país cortado por los brazos del Rin, bañado y con frecuencia inundado por el Océano, y obstruido por bosques de pinos y de abedules, nos presentaba á cada paso obstáculos insuperables.

«Agotadas mis fuerzas por los trabajos del dia, no tenia durante la noche sino algunas horas para dar descanso á mis fatigados miembros. Muchas veces me ocurria, durante este breve reposo, olvidar mi nueva fortuna; y cuando á los primeros destellos del alba, las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana, me causaba sorpresa el abrir los ojos en medio de los bosques; habia, no obstante, un encanto secreto en este despertar del guerrero, libre de los peligros de la noche. Nunca he oido sin experimentar cierta alegría bélica, la sonata del clarín repetida por el eco de los peñascos, y los primeros relinchos con que los caballos saludan la aurora. Erame grato ver el campamento, sepultado en el sueño, las tiendas de campaña todavia cerradas, de las que salian algunos soldados medio vestidos; el centurion que se paseaba lentamente delante de los haces de armas, balanceando su baston de cepa; a inmóvil centinela, que para resistir al sueño tenia un dedo levantado en actitud de silencio; al ginetete que atravesaba el rio matizado con los fulgores de la mañana; al victimario que sacaba el agua del sacrificio; y muchas veces á un pastor, que apoyado en su cayado, miraba beber á su rebaño.

«Esta vida guerrera no me hizo volver los ojos con sentimiento hácia las delicias de Nápoles y de Roma; pero despertó en mí otra especie de recuerdos. Muchas veces, durante las largas noches del otoño, me he visto solo, de centinela como un simple soldado, en las avanzadas del ejército. Mientras contemplaba los fuegos regulares de las líneas romanas y los fuegos diseminados de las hordas de los francos; mientras que con el arco medio tendido, prestaba atento oído al sordo murmullo del ejército enemigo, al estruendo monótono del mar y á los agudos gritos de las aves silvestres que revolaban en la oscuridad, reflexionaba sobre mi caprichoso destino. Recapitaba que me hallaba allí, combatiendo en favor de unos bárbaros tiranos de la Grecia, contra otros bárbaros de quienes ninguna ofensa habia recibido. El amor inestinguible de la patria se reanimaba en el fondo de mi corazón, y la Arcadia se ostentaba á mis ojos con todos sus encantos; ¡cuántas veces, durante las penosas marchas, azotado por las lluvias en el cenagoso terreno de la Batavia; cuántas veces, al abrigo de las chozas de los pastores, donde pasá-